

El Cartero y la Calamidad con paraguas

Isaac Félix Navarrete

I. El cartero

Una ligera lluvia matutina llenaba la estancia, con el sonido rítmico de las gotas al golpear contra piedra y madera, y el aroma de la hierba húmeda flotaba por doquier. En el exterior, elegantes flores de variados colores se mecían bajo una ligera brisa, al ritmo del farolillo ubicado sobre la puerta de acceso al edificio.

Bernardo Madriguera, presa de un profundo sopor ante tan agradables sonidos, reposaba tranquilo en su butaca preferida de la sala principal del edificio de correos de Hobbiton.

El edificio comunal era una edificación sencilla y funcional. Numerosos carteros se ganaban la vida con esta profesión, que cumplía más que variadas tareas: no solo el envío de todo tipo de mensajería, sino también mensajes verbales y la redacción de cualquier documento para aquellos hobbits que no estuvieran instruidos en la escritura y lectura. Todo ello por un reducido pago, con el que se cubrían los sueldos de los carteros y el mantenimiento de la oficina.

Contaba con sus propios establos, talleres y un pequeño molino papelerero para fabricar papel y sobres.

«Autosuficiencia», pensó Bernardo. «Sin eso, la Comarca estaría en ruinas... o, peor, sumida en el caos». Cartero, con cincuenta años de incansable labor, sentía por su profesión un cariño profundo y sincero. No solo le había brindado una vida holgada, sino que también le había proporcionado innumerables historias y rumores suficientes para llenar tres inviernos de conversaciones.

Era un hobbit amable, educado y de conversación siempre dispuesta. Por lo demás, era tan hobbit como cualquier otro: no se apresuraba sin necesidad, pero sabía moverse con sorprendente agilidad cuando el deber lo reclamaba.

Bonachón, de mejillas rojizas y barriga prominente, nunca negaba una risa ni una broma sencilla. Era aficionado a las fiestas, a los regalos inesperados y, cómo no, al tabaco de pipa, en especial su amada Estrella Sureña.

Solo en un punto se alejaba Bernardo de la normalidad: su devoción casi inquebrantable por el servicio postal. Amaba su oficio tanto que, más de una vez, había sacrificado la cuarta, e incluso la quinta comida del día, cosa inaudita en la Comarca.

—No ronque tan fuerte, señor Bernardo —dijo uno de los aprendices desde el fondo de la sala.

—No ronco —respondió Bernardo sin abrir los ojos—. Estoy atento a todo.

El muchacho sonrió y volvió a ordenar sacas. Había más movimiento del habitual aquella mañana. En ese momento la puerta principal se abrió de golpe. Un hobbit empapado entró sacudiéndose la capa. El murmullo habitual se apagó al instante. Bernardo abrió los ojos.

Cuando el recién llegado se retiró la capucha, alguien dejó caer una saca de cartas al suelo.

—Buenos días tengan todos ustedes —dijo el visitante con voz tranquila—. ¿Podría mantener una pequeña charla con el jefe adjunto, Tim Boffin?

Bernardo se incorporó despacio. Vio las caras paralizadas de sus compañeros y suspiró.

—Buenos días tenga usted, señor Bolsón —dijo, poniéndose en pie—. Por supuesto. El señor Boffin le recibirá ahora mismo. Acompañeme, si es tan amable.

Bilbo Bolsón le dedicó una sonrisa abierta y añadió: —Muchas gracias, señor Bernardo.

Bernardo se detuvo un instante y con cierta duda preguntó: —¿Me conoce?

—Claro que sí —respondió Bilbo mientras caminaban por el pasillo—. Es usted el cartero más veterano de Hobbiton. Y, a mi modesto parecer, uno de los más eficaces de toda la Comarca.

Bernardo carraspeó.

—Cumpló con mi trabajo, señor.

—Y lo hace bien... muy bien —añadió Bilbo sin más.

No dijeron nada más hasta llegar al despacho de Tim Boffin. Tras las presentaciones oportunas, Bernardo cerró la puerta y se retiró con discreción. Durante el rato siguiente tuvo que espantar con la mirada a más de un aprendiz que intentaba acercarse a la puerta.

—A trabajar —gruñía—. Las cartas no se entregan solas.

Finalmente, el señor Bolsón abandonó el despacho de Tim y, tras una gentil despedida a los presentes, abandonó la oficina de correos, no sin antes fijar su mirada durante unos instantes en Bernardo.

Una mirada muy significativa, que Bernardo no acababa de interpretar correctamente. Parecía decir... ¿Buena suerte?

Al poco tiempo, Bernardo descubrió que era exactamente lo que quería decir. Buena suerte. Y, sin lugar a dudas, la necesitaría.

Bernardo no tardó en saber que algo iba mal. Tim Boffin, que a la postre era su cuñado, salió de su despacho con el ceño fruncido y un montón de papeles bajo el brazo.

—Bernardo —dijo—. Necesito hablar contigo.

Entraron en el despacho. Tim cerró la puerta y dejó los papeles sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Bilbo quiere que nos encarguemos de todo —dijo—. ¡Todo!

—¿Todo qué? —preguntó Bernardo.

—Invitaciones, confirmaciones, paquetes, encargos especiales, recordatorios... — Tim pasó una mano por la cara—. Dice que será “una pequeña reunión” ...la celebración de su centésimo décimo primer cumpleaños. Esta vez no es como en los anteriores cumpleaños... tiene la intención de invitar a todo Hobbiton y Delagua. Súmale que en breve recibiremos tarjetas de invitación para todas las cuaternas de la Comarca.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí, como si fuera mi problema? —preguntó Bernardo, que empezaba a sentir un nudo en el estómago.

Tim lo miró en silencio unos instantes.

—Porque Bilbo te ha pedido a ti como responsable.

Bernardo soltó una risa corta, nerviosa, y con cierta ansiedad respondió: —No puede ser.

—Sí —dijo Tim—. Ha sido muy claro.

Bernardo se apoyó en el respaldo de la silla.

—Tim, estoy muy mayor. No necesito esto. Y tú lo sabes mejor que nadie.

—Lo sé. Pero eres el mejor —respondió Tim—. Nadie más puede hacerlo. Tras un pequeño suspiro, añadió: —Necesito tu respuesta lo antes posible.

Bernardo salió del despacho y se encontró con la oficina patas arriba. Cartas apiladas, aprendices discutiendo, una lista de rutas tachada y vuelta a escribir.

Observó con cariño el gran mapa de la Comarca, que describía las diferentes cuadernas, rutas y oficinas de correos y el maravilloso universo que se desplegaba ante él.

El aire estaba impregnado del olor a tinta, papel y el inconfundible aroma a Hoja Valle Largo, Viejo Toby y Estrella Sureña. El incesante murmullo de pies ligeros y manos ocupadas. Aquello era música para sus oídos.

Observó con rigor profesional las grandes estanterías, marcadas con colores para cada cuaderna (a saber: Norte, Sur, Este y Oeste), que ocupaban todo el ala derecha del edificio. En el ala izquierda se elevaba una vasta sección dedicada exclusivamente a la mensajería de Hobbiton, organizada según un criterio sencillo pero eficaz: ordenar a los destinatarios por la cercanía de sus hogares respecto a la Oficina.

Con cierta tristeza recordó que, desde hacía tiempo, su señora le insistía en que aceptara que ya no era un jovencuelo y debía empezar a pensar en el retiro. Bernardo espantó esos pensamientos con un leve movimiento de cabeza. Todavía no había llegado ese día. Para él, su labor era esencial.

En su opinión, el servicio de correos constituía la cima de la civilización hobbit: la frontera nítida entre el orden y el caos. Aquella red de oficinas, rutas y carteros mantenía la paz de la Comarca mejor que cualquier otra institución. Bernardo había dedicado su vida a conocer cada detalle, convencido de que ninguna obra hobbit había aportado más bienestar a sus gentes.

«Puedo lograrlo», pensó Bernardo con renovadas energías.

—Señor Bernardo —dijo uno de los jóvenes—. ¿Es verdad que el señor Bilbo va a invitar a medio Hobbiton? Las noticias volaban.

—No —respondió Bernardo—. Va a invitar a todo Hobbiton. Y a parte de la Comarca.

El aprendiz tragó saliva y preguntó con cierto temor: —¿Y nosotros...?

Bernardo miró la sala. La conocía de memoria. Cada rincón, cada estantería, cada mesa.

—Nosotros vamos a hacer nuestro trabajo —dijo—. Como siempre.

Se sentó en su butaca, tomó un papel en blanco y empezó a trazar cálculos y previsiones. Mientras escribía, recordó la mirada de Bilbo al marcharse. Bernardo dejó la pluma sobre la mesa. Por primera vez en muchos años, tuvo la sensación de que su rutina estaba a punto de acabarse.

II. El colapso

La mente de Bernardo era un hervidero. Desde que había aceptado el encargo del señor Bolsón, los nombres y los caminos bailaban detrás de sus párpados hasta cuando dormía. Rutas trazadas y vueltas a trazar en mapas mentales; turnos de trabajo reasignados una y otra vez; asignaciones de carteros según tareas concretas (recogida de tarjetas, entrega de respuestas, solicitud de provisiones y artículos varios); listas interminables de tareas menores pero esenciales para garantizar el flujo constante de invitaciones y sus respuestas. Por suerte, las tarjetas para otras cuadernas ya habían sido cursadas y recibidas las contestaciones oportunas.

Sus cálculos habían sido correctos: De Hobbiton a Delagua; De Delagua a Alforzaburgo, El Cruce y Ranales; y así sucesivamente con las diversas oficinas de todas las cuadernas. Un sistema simple pero eficaz: entrega mano a mano de las sacas, recorriendo distancias cortas que cubren una jornada en poni, de ida y vuelta, y realizándose el intercambio en puntos intermedios preestablecidos.

Las tarjetas del Thain y el Alcalde, por deferencia a sus cargos, habían sido entregadas en mano por un cartero de su confianza y recibida la contestación en Hobbiton por carteros de sus respectivas oficinas. Su presencia no estaba garantizada, pero agradecían cortésmente la invitación.

Se vistió casi por instinto aquella mañana. Su ropa representaba a la perfección el gusto hobbit por los colores alegres y bien combinados: una túnica verde adornada con botones rojos, un chaleco amarillo asegurado por botones de bronce y un extravagante gorro escarlata, coronado por tres plumas, que anunciaban su condición de cartero veterano.

Bernardo vivía en un agujero discreto pero cómodo, herencia de su esposa, Carlota Boffin. Sus hijos, casados hacía tiempo, ya tenían su propia vida: uno, cartero en Cavada Grande; el otro, granjero en unas tierras familiares, herencia igualmente de su esposa. Con una sonrisa pensó que la herencia familiar se transmitía con la misma facilidad con que crecía el tamaño de su barriga.

Aquella misma mañana, antes de salir, Carlota había vuelto a sacar el tema del retiro mientras revisaba la despensa.

—Bernardo... —comenzó ella, con ese tono que él conocía bien—. Llevas semanas con la cabeza en cualquier sitio menos aquí. Tenemos unos buenos ahorros. La granja de nuestro hijo va bien... ¿No crees que, después de esta locura, va siendo hora de pensarlo? —preguntó Carlota con cariño.

—Soy un cartero en plena forma. Cuántos jovenzuelos querrían tener mis piernas y cabeza. No, Carlota, aún me quedan unos años buenos —replicó Bernardo, con una seguridad que intentaba sonar muy razonable.

Con un suspiro, Carlota dejó de hablar del asunto. Él respondió con un beso rápido y una sonrisa diplomática que no resolvía nada, como tantas veces. Luego, tras despedirse, salió al camino hacia la Oficina de Correos de Hobbiton.

Los días pasaban y los acontecimientos, extraordinarios y fuente constante de rumores, se acumulaban. Día a día se acercaba uno de los mayores eventos que la Comarca hubiera presenciado en décadas.

Se había convertido en un acontecimiento sin igual y, si las previsiones se cumplían, se avecinaban días de infarto. El señor Bolsón gustaba de celebrar a lo grande, pero aquella vez había superado toda expectativa imaginable.

Mientras caminaba, y a pesar de la niebla de preocupaciones, un recuerdo apareció en su mente, llenándole de un orgullo que no confesaba en voz alta: su primera jornada como aprendiz.

Tenía apenas treinta y tres años cuando Turpin Redondo, su mentor y por entonces un cartero veterano, le confió la entrega de una carta «de máxima importancia» en Hobbiton.

Bernardo se equivocó de agujero, llamó a la puerta equivocada, hizo que un viejo señor Ciñatiesa creyera que había heredado una huerta entera y, antes de poder disculparse, terminó invitado a dos tazas de té, tres bollos y una discusión acalorada sobre límites de propiedad.

La carta, por supuesto, llegó finalmente a su destinatario. Desde aquel día, Turpin sentenció que «nadie es cartero de verdad hasta que comete su primer desastre», y Bernardo decidió que, en adelante, su oficio sería cosa muy seria.

Sacudiendo tales ideas, decidió desviarse un momento de su camino. La tentación de contemplar los preparativos del cumpleaños era demasiado fuerte. En el prado sur, junto a la puerta principal de Bolsón Cerrado, se alzaban ahora enormes cocinas y amplios pabellones recién construidos. Una gran puerta blanca permitía el acceso desde el camino.

Recordó que la necesidad de cocineros, había requerido un constante envío de solicitudes a todas las posadas y casas de comida en varias millas alrededor.

El pabellón principal era descomunal; tanto, que habían levantado la estructura alrededor del gran árbol del prado, como un invitado de honor.

Bernardo se detuvo un instante, maravillado. «Desde luego —pensó—, este hobbit sabe cómo hacer las cosas a lo grande».

Todo Hobbiton era un hervidero de murmullos, rumores y preparativos; no había conversación que no comenzara o terminara hablando del mismo asunto. Su esposa era pariente lejana del señor Bolsón, y ambos habían sido invitados. Aunque, para ser justos, casi todos los habitantes de Hobbiton recibirían una tarjeta similar.

Mientras reflexionaba sobre estas cuestiones, vio llegar por el camino a Percy Colinaverde, montado en su poni. Ambos, veteranos, amigos y aficionados a los rituales inútiles.

—Buenos días, señor Madriguera —saludó Percy.

—Buenos días, señor Colinaverde —replicó Bernardo.

Percy sonrió ladeado, como quien prepara un chiste y preguntó: —¿Por qué un cartero hobbit nunca llega tarde?

Bernardo fingió pensarlo y, guiñando un ojo, respondió: —Porque si llega tarde, no le ofrecen té y entonces no puede perder aún más tiempo.

Percy rompió a reír y añadió: —Yo iba a decir: porque el correo no espera. Pero la suya es más verdadera.

Las carcajadas de ambos carteros llenaron el aire, provocando miradas de reprobación de varios hobbits que pasaban por la zona. Tras un caluroso abrazo, observaron los preparativos del cumpleaños juntos.

—Sabes, Bernardo —dijo Percy—, según he oído... Llegó a Hobbiton un carro lleno de enanos encapuchados... De noche. Cantando. Descargaron cajas enormes mientras los hobbits los miraban desde las puertas, como si estuvieran viendo criaturas legendarias. Algunos se quedaron en Bolsón Cerrado.

Bernardo asintió con gravedad de experto.

—Es cierto. Y más carros que han llegado. Los enanos allí siguen, y con ellos está maese Gandalf. Coinciden a menudo con el señor Bolsón, educado y excéntrico en igual medida —combinación que a Bernardo le resultaba encantadora, pensó, aunque sus vecinos no compartieran esa opinión, todo sea dicho.

Rápidamente, los carteros aprendían que, en la Comarca, la paz dependía tanto de una carta entregada puntualmente como de saber escuchar quejas y cotilleos con discreción.

—¿Te diriges a Pantano de los Juncos? —preguntó Bernardo.

—Sí, ya sabes, al punto de intercambio. Recogeré las sacas con correspondencia de los granjeros de la zona, redactaré un par de mensajes e intercambiaré mis sacas con las ya entregadas por los carteros de Nobottle y Ojodeaguja.

—Pues buena suerte, Percy, y no olvidemos el almuerzo —respondió Bernardo.

Tras despedirse amistosamente, Bernardo recordó sus obligaciones, apretando el paso en dirección a su puesto de trabajo. Al llegar, se sumergió en la rutina que amaba.

Más tarde, fiel cumplidor de su momento de descanso, reposaba en una confortable butaca en la Oficina de Correos. La luz entraba por los ventanales redondos, confiriéndole un aire de sabiduría que él aceptaba de muy buen grado.

Había estado «aleccionando» a varios aprendices en las categorías de correspondencia existentes, que eran prácticamente innumerables.

Presumía, no sin cierto deleite, de ser la mayor autoridad en la materia, excepto, admitía con cariño, del reputado y admirado Turpin Redondo.

Tarjetas de invitación, convocatorias, anuncios, avisos sociales, avisos de celebración, notas de convite, notificaciones de nacimiento y anuncios de visita, felicitaciones, mensajes de buenos deseos, tarjetas conmemorativas, tarjetas de agradecimiento, recordatorios, notas de cortesía, misivas cordiales y dedicatorias. Y también, por desgracia, comunicaciones más tristes, como condolencias y pésames.

Pero la lista continuaba casi sin fin: informes breves, notificaciones oficiales, circulares comunales, solicitudes de viandas y servicios, avisos de reunión, partes de confirmación, comunicados de festividad... y un extenso surtido de notas rápidas que los hobbits enviaban por cualquier razón imaginable, desde un sencillo «paso mañana» hasta un cordial «la tarta estará lista al caer la tarde». Aunque lo cierto era que pocos serían capaces de explicar la diferencia real entre una nota de cortesía y una misiva cordial.

—¿Por dónde iba?, murmuró. A su alrededor, varios carteros jóvenes escuchaban, con devoción y respeto, al cartero más veterano de la Comarca.

—Y no olvidéis lo principal —añadió de improviso, con un dedo en alto—. Al retirar la correspondencia de los buzones individuales, debéis comprobar que, dentro del sobre, se encuentra el pago establecido o indicación clara del pago por el destinatario. La regla es simple, ¿está claro?

Los aprendices asintieron con solemnidad. Bernardo carraspeó.

—Ya me acuerdo —dijo, relajándose aún más—. Os estaba describiendo el origen del servicio de correos. Los aprendices se enderezaron.

—Escuchad, muchachos —dijo Bernardo, bajando la voz como si fuera a soltar una verdad prohibida—. Se dice que por estos caminos pasaban carteros reales. Gente seria. Muy seria. Tan seria que, si les contabas una broma sin importancia, te miraban como si hubieses insultado a su abuela.

—En mi familia, que es oriunda de Quiebra Larga, en la cuaderna del Norte, se contaba la historia de que estos carteros provenían de un lugar llamado Norburgo, aunque no lo recuerdo con claridad, la verdad.

Los noveles rieron. Bernardo siguió con aire de experto.

—Pues bien, nuestros antepasados les echaron una mano más de una vez. Les daban comida y techo, y atendían sus monturas.

Levantó un dedo solemne.

—Y cuentan que algo aprendimos de esa Gente Grande. Por ejemplo, eso de marcar las rutas, apuntar horarios y no perder cartas.

Los noveles se inclinaron hacia delante, intrigados.

—Pero lo más curioso —siguió Bernardo, bajando de nuevo la voz— es que, en los días de Marcho y Blanco, ya se hablaba de organizar un pequeño servicio de recados para ayudar a los carteros reales si pasaban por aquí. Un acuerdo amistoso, dicen. Se sentaron las bases de lo que acabaría siendo nuestro servicio de correos: senderos señalizados, postas bien cuidadas y hobbits dispuestos a llevar notas importantes siempre que no lloviera demasiado.

Hizo lo que pareció una pausa dramática, pero lo cierto es que en su mente comenzó a formarse la imagen de una pinta de cerveza perfecta. Carraspeando, prosiguió:

—Y un día... dejaron de venir. Los reyes desaparecieron, los carteros también, y no se volvió a saber nada de ellos. El sentido práctico hobbit se impuso en esos tiempos, y se consolidó nuestro excelente servicio de correos, destinado a cosas de verdad importantes, tales como cartas, invitaciones y recordatorios.

Bernardo se encogió de hombros, satisfecho. La imagen de la pinta era más real que nunca.

—Eso es todo. Muchas gracias.

Los noveles, sorprendidos y agradecidos por la brevedad de la explicación, le dieron las gracias a su vez.

Concluida la que él consideraba una lección magistral, decidió que ya era hora de terminar la jornada. Fiel cumplidor de horarios, pero amigo de irse un poco antes cuando el trabajo lo permitía, se levantó con notable satisfacción.

—Bueno, bueno —anunció, frotándose las manos mientras ejecutaba unos pasitos del célebre baile del Trasnochador—. Una pinta me espera. Allá voy.

Pero al asomarse por la ventana de la oficina, Bernardo vio pasar a toda prisa a Tobías Granjalarga, un aprendiz que jamás corría, excepto si lo perseguían ocas o parientes lejanos. Tobías, además de sus sacas, llevaba tres cartas en cada mano, dos sujetas en la axila y una cuarta atrapada bajo el sombrero.

Al verlo, gritó sin detenerse: —¡No tengo más espacio, señor Madriguera! ¡Estamos colapsados!

Acto seguido, una invitación salió volando y cayó en un charco. Bernardo sintió una punzada en el corazón.

Para colmo, al llegar a la puerta de la oficina, antes de cruzarla, el corazón le dio un vuelco: tres sacas rebosantes esperaban tiradas fuera, sin custodio. Bernardo Madriguera tragó saliva.

«Esto —pensó con un horror que le secó la boca— solo puede ir a peor».

III. La Mata de Hiedra

Bernardo siempre recordaría aquellos días como los más apasionantes y, a la par, trágicos de su vida. Sin lugar a dudas. El orden y la serenidad de su rutina diaria, pulida y perfeccionada durante cincuenta años, se fueron al traste.

Todos sus vecinos marcaban en sus calendarios el DÍA. Bernardo también lo marcaba, pero por razones muy diferentes. La tortura acabaría el día 22 de septiembre. Sus compañeros, felices por los ingresos extra en un primer momento, pronto se chocaron de frente con la cruda realidad: jornadas intensivas, sin apenas respiro. Un río continuo de carteros trepaba la loma hacia Bolsón Cerrado, llevando cientos de cortesés variantes de: *Gracias, iré con mucho gusto*.

Con cierta molestia, Bernardo recordó que se había llegado al extremo de contratar carteros voluntarios, decisión que él consideraba un acto temerario. Su rigor era, a lo sumo, incierto. Pero la avalancha de correspondencia no dejaba alternativa: era preciso organizar el caos lo mejor que se pudiera.

A ello se sumaban no solo las innumerables contestaciones, sino también un sinfín de peticiones de viandas, provisiones y encargos de todo tipo... Era verdaderamente desmesurado. Ya habían surgido numerosos comentarios relativos al desabastecimiento generalizado por este motivo.

Argumentó seriamente que el reparto de mensajería exigía precisión y cordialidad: saludos cortesés, entrega en mano, acompañada siempre de un breve intercambio de bromas y rumores, y a menudo, de alguna invitación a probar un bizcocho recién horneado o una taza de té. En fin, un ritual que aportaba serenidad y tranquilidad.

En más de una ocasión había calculado, como recordaba constantemente a los noveles, que un cartero medianamente diligente podía ganar al menos una comida extra al día solo a base de sonrisas, buenos modales y reparto puntual.

El propio Bernardo recordaba una ruta especialmente «productiva», años atrás, cuando el envío de un único anuncio de nacimiento le valió tres porciones de pastel, una jarra de cerveza y una cesta de bollos, porque cada pariente quería celebrar a su manera.

Era, pensaba él, la demostración más clara de que el orden postal y la buena cocina caminaban siempre de la mano.

Pero aquel cumpleaños lo había trastocado todo. Ni un miserable tentempié en toda la mañana. Tarjetas y más tarjetas. De hecho, había tenido ya varias pesadillas en las que era devorado por esas malditas tarjetas de invitación.

Por fortuna, según avanzaban los días, las sacas se iban vaciando poco a poco, venciendo el colapso inicial. Los vecinos comentaban el inminente acontecimiento y la fortuna de recibir una invitación escrita por el mismísimo señor Bilbo Bolsón.

Bernardo decidió que por hoy tenía suficiente. Así que, sin remordimientos, se desvió hacia La Mata de Hiedra, la posada más acogedora del camino de Delagua.

Entró con su paso característico de «voy con prisa, pero no tanta», y eligió una mesa desde la que podía vigilar los bollos recién horneados. No había terminado de acomodarse cuando apareció Elric Nogales, cartero veterano de Delagua y amigo de confianza. Cruzó la puerta con ese gesto de quien trae malas noticias.

—Buenas, Bernardo —saludó, dejando caer unas sacas polvorientas—. Por aquí también está que arde, con todo este lío de invitaciones. Vengo cargado de respuestas al señor Bolsón. Esto es una locura, Bernardo. Una auténtica locura. Delagua está desbordada desde hace días.

Bernardo gruñó con aprobación. Si había algo que unía a dos carteros, era la certeza absoluta de estar viviendo un caos que solo ellos entendían.

—Movida es poco —dijo—. Entre provisiones, encargos, dulces, artefactos raros y vecinos preguntando cada cinco pasos, la Comarca parece un avispero. Afortunadamente, todas las previsiones parecen ir funcionando y, con dificultad, estamos logrando lo que parecía imposible.

Elric se inclinó hacia delante, bajando la voz.

—El día de la celebración no me lo pierdo por nada —aseguró—. Ese tal Gandalf también pasó por Delagua. Sombrero puntiagudo, manto gris y un carro lleno de trastos. Algunos dicen que eran cosas mágicas y otros que eran fuegos artificiales. Yo digo que eran fuegos artificiales mágicos, que es todavía mejor.

Bernardo asintió. Para él, aquello tenía toda la lógica hobbit del mundo.

—Tienes que ver los pabellones, Elric. Los montaron alrededor del árbol, como si fuera lo más normal del mundo. Y las cocinas... parecen capaces de alimentar a un ejército. O a la familia Tuk.

Antes de que pudieran continuar, un grupo de clientes curiosos se acercó, atraído por su conversación. Doris Rabizuela, siempre sonriente, atacó sin permiso previo.

—He oído que habrá comida para dar y regalar. ¿Saben ustedes qué manjares traerán?

Bernardo se aclaró la garganta, adoptando expresión ilustrada.

—Rumores hay a millares... pero se habla de quesos, empanadas, pasteles, vino, cerveza suficiente para inundar una huerta... Vamos, un despliegue respetable.

Alberto Arenas, claramente entrenado en preguntar demasiado, intervino: —¿Y regalos? ¿Habrá muchos?

—Eso dicen —respondió Bernardo, encogiéndose de hombros—. Sorpresas para todos. No sé qué serán... pero seguro que serán sorprendentes. Si no, dejarían de ser sorpresas.

Las risas se mezclaron con el aroma a cerveza y bollos recién horneados.

Entonces Mirra Tallabuena formuló una pregunta del todo incómoda para tan respetados carteros: —¿Y no se perderán las invitaciones entre tanto ajetreo?

Bernardo se puso rígido como un poste. —¡Imposible! —tronó—. El Honorable Servicio de Correos Hobbit no pierde cartas. El servicio postal está afinado para que lleguen. Aunque a veces algún poni prefiera pastar antes que avanzar, o algún novel confunda izquierda con derecha... Pero, aun así, llegan. Tarde o temprano. Con preferencia por temprano.

Elric se disponía a intervenir, pero no llegó a abrir la boca, porque un hobbit de la mesa de al lado, que llevaba un buen rato fingiendo no escuchar, terminó por intervenir.

—Disculpen, pero... ¿Es cierto que existen oficinas secretas de correos? —preguntó con total descaro.

Bernardo se ajustó el chaleco, orgulloso. —Secretas no, importantes —aclaró—. Existen dos oficinas extraordinarias.

Se oyó un «oooh» muy mal disimulado.

—Una está en la residencia del Thain, donde se ocupan de asuntos serios, muy serios, y de todo lo relacionado con el acantonamiento. La otra es la Oficina Central, bajo autoridad del alcalde... que, como sabrán todos ustedes, es elegido cada siete años en la Feria Libre de las Quebradas.

Elric levantó su jarra en señal de aprobación.

—Y, por si no lo sabían —añadió Bernardo, con tono de veterano que ha visto cosas peores—, la central está en Cavada Grande. Allí trabaja el Jefe de Correos, nombrado por el Alcalde. Ambos hacen cada año una revisión general: rutas, tiempos de entrega, delegaciones rurales... Todo revisado.

Un joven hobbit, con ánimo festivo, murmuró a su compañero: —¿También revisan el almuerzo?

Bernardo lo oyó desde la otra punta de la sala.

—Si revisaran el almuerzo, tú no estarías tan flaco —soltó sin girarse.

La taberna estalló en carcajadas. Elric casi escupe la cerveza. Bernardo carraspeó para no perder el hilo, porque ahora ya tenía público y eso lo animaba.

—Además —continuó—, fuera de esas sedes tienen ustedes las delegaciones rurales. Recogen las cartas de las casas más alejadas y redactan la de aquellos hobbits que lo solicitan.

Varias cabezas se inclinaron con respeto reverencial, aunque probablemente más por cortesía que por comprensión real.

—¿Y no se pierden? —preguntó otra vez Mirra Tallabuena, con el ceño fruncido.

Bernardo argumentó para sí mismo que posiblemente no había recibido invitación al cumpleaños; de ahí sus nervios y dudas sobre los extravíos.

—No, porque todo funciona con acuerdos comunitarios. Los vecinos vigilan las sacas hasta que llega el cartero acreditado y, de paso, le dan algo de comer y cuidan de la montura. Si fallara eso —añadió, mirando a Elric—, los carteros no llegaríamos jamás a destino. Ni vivos.

Un par de hobbits asintieron muy en serio, como si hubiera revelado el secreto de la vida misma.

Las preguntas crecieron en número y en imaginación: que si había carteros que habían cruzado ríos desbordados, que si un perro gigante había perseguido a uno durante media milla, que si alguien había intentado sobornar a un cartero con pastel de limón para adelantar una entrega.

Bernardo y Elric respondían entre risas. Cabía decir que, en su oficio, la línea entre la verdad y la exageración amistosa era de lo más flexible.

Finalmente, viendo que, si no escapaba pronto, acabaría explicando por tercera vez la diferencia entre «circular comunal» y «nota urgente», Bernardo se levantó.

—Hora de volver al trabajo —anunció, sacudiéndose migas que no recordaba haber comido—. Yo llevaré tus sacas, Elric. Te veo en el cumpleaños.

—Te lo agradeceré eternamente —dijo Elric, aunque Bernardo sabía que, en su caso, «eternamente» significaba «hasta la hora del almuerzo».

Los hobbits de la posada le desearon suerte. Bernardo salió al camino con las sacas al hombro, el paso ligero y la sensación, muy hobbit, de que un buen día de trabajo implicaba una buena cerveza y algún que otro bollo.

La avalancha, poco a poco, empezaba a remitir. Lo peor parecía haber pasado. Pero Bernardo aún no sabía que la prueba más dura no vendría de las sacas rebosantes o de los caminos embarrados, sino de un corazón amargado y un paraguas afilado.

IV. La calamidad con paraguas

Para espanto y terror de Bernardo, desde el fondo de la oficina sonó la voz de Tim Boffin: —Queja oficial presentada por Lobelia Sacovilla-Bolsón. Bernardo, debes acudir a su encuentro e investigar oficialmente el asunto.

El aire podía cortarse con un cuchillo. Bernardo sintió cómo una gota de sudor le resbalaba por la espalda.

Tres desgracias podían caer sobre un cartero del Servicio de Correos de Hobbiton, y todas terribles a su manera: perder una carta, perderse una comida... y tratar con Lobelia Sacovilla-Bolsón. Esta última, sin discusión posible, era la más temible.

Reuniendo la paciencia que un hobbit podía reunir en una vida entera, Bernardo se dio la vuelta, alisándose el chaleco mientras respiraba hondo.

—¿Se sabe esta vez cuál es la causa de la queja? ¿Delirio, conspiración, locura o simple diversión? —preguntó, intentando que su voz no temblara.

Tim Boffin tragó saliva y retrocedió medio paso.

—Al parecer, la queja es contra ti. Dice que has extraviado correspondencia dirigida a su nombre. No ha dado más detalles.

Bernardo era amable, cortés y tan educado como cualquiera en Hobbiton... salvo cuando se cuestionaba su buen hacer. Entonces sus arranques podían hacer temblar la Oficina de Correos.

—¡Intolerable! —estalló—. En cincuenta años jamás he oído semejante barbaridad. Soy un cartero respetado y diligente. Las manos le temblaban, y el rojo de sus mejillas subía peligrosamente.

Los aprendices, obedeciendo a su instinto de supervivencia, huyeron. Los veteranos observaron en silencio, sin ser capaces de ocultar del todo la sonrisa.

—Mi trayectoria es impecable. Solo he tenido alguna queja menor por retrasos, siempre motivada por el deber de confraternizar con mis vecinos, que amablemente me invitan a una bebida o un tentempié durante la jornada, evitando así que muera desnutrido o deshidratado a mitad de ruta.

Varios carteros asintieron con gravedad. Quien no había sufrido esos riesgos mortales, no conocía el oficio.

Tim levantó las manos.

—Tranquilo, tranquilo. Nadie duda de tu entrega. Todos sabemos el gran esfuerzo que has desplegado estas semanas, pero... una queja debe resolverse siempre.

Bernardo cerró los ojos un instante. Era cierto. Una queja debía resolverse, por absurda que fuera, sin excepción. Respiró hondo, dominó su furia inicial, asintió y se dirigió hacia las cuadras.

Tim soltó un suspiro del tamaño de una saca postal.

«Lobelia...», murmuró Bernardo mientras preparaba su montura: un poni tan viejo como él, llamado Tomillo. Su montura era un privilegio de su condición de cartero veterano.

A su alrededor correteaban los voluntarios menores de edad, en la llamada veintena. Transportaban avisos breves entre las casas cercanas a la Oficina Principal. Su energía era admirable, aunque Bernardo sabía perfectamente que su entusiasmo se debía en exclusiva al pago en dulces.

Aseguró la cincha, suspiró con abatimiento y montó a Tomillo. El destino que lo aguardaba no era apto para espíritus débiles. Su mente se agitaba.

¡Tormento ambulante! ¡Sombra de mal humor! ¡Aguafiestas profesional! Aquella mujer no era una hobbit, era una calamidad con paraguas. En ocasiones, Bernardo había llegado a sospechar que, algún mal oscuro, había sustituido a la Lobelia original por esa criatura empeñada en atormentar a cualquier cartero que se cruzara en su camino. Todo en ella eran quejas, puyas y reproches.

Bernardo incluso escuchaba su voz en la cabeza: «¿Cómo confiar en un cartero con la ropa arrugada?» «¿Que llueve? El más que dudoso Honorable Servicio de Correos Hobbit está obligado a la entrega puntual de cualquier carta, sin excusas.» «¿Cuántas pintas ha bebido hoy, señor Bernardo?»

Pero cuestionar su integridad como cartero... eso ya era intolerable. Tuvo que detenerse y llamarse a la calma. No deseaba ningún mal a la mujer, pero su comportamiento superaba con holgura cualquier excentricidad y queja legítima.

Para controlar sus nervios, se retiró del camino y decidió fumar una buena pipa de hierba Estrella del Sur. Contempló maravillado el paisaje que lo rodeaba. Era todo un regalo para la vista.

No había nada más hermoso en el mundo, o así lo creía firmemente: campos perfectamente organizados y labrados, maravillosas colinas teñidas de verdes, aire fresco y limpio. Para su desgracia, pudo observar cómo el cielo empezaba a nublarse. Sin duda era obra de Lobelia.

Ya más tranquilo, a pesar de los nubarrones, volvió a montar a Tomillo y se dirigió al hogar de aquella calamidad con paraguas, aunque deliberadamente muy despacio. No había mayor prueba de valor para un cartero hobbit.

En las cercanías de la residencia de Lobelia, decidió avanzar con la prudencia que había aprendido de los miembros del Honorable Cuerpo de Fronteros: «Conoce el terreno donde aceche el enemigo, o te pillarán por sorpresa». Bernardo, hobbit aplicado, lo tenía claro: para enfrentarse a Lobelia había que conocer el terreno. Y reconocer el olor a emboscada también. Ningún frontero lo habría dicho mejor.

Entonces, como un rayo de sol al amanecer, todo quedó claro en su mente: el cumpleaños del señor Bolsón. ¡Lobelia no había sido invitada! Haciendo memoria, comprobó, con alivio, que no constaba entrada de tarjeta alguna dirigida a su nombre. «¡Por fin una buena noticia!», exclamó riendo para sí. Su enemistad era más que conocida con el señor Bolsón. Más aliviado y sintiéndose sorprendentemente ligero, pese a su barriga, avanzó hacia la guarida de ese nubarrón con falda, dispuesto al sacrificio en defensa de su profesión.

En cuanto desmontó, Lobelia lo interceptó como si estuviera atrapando a un proscrito, un saqueador o, peor aún, alguien que hubiera osado criticar su legendaria vajilla de plata.

—¿Dónde está mi tarjeta de invitación? —espetó al tiempo que esgrimía su inseparable paraguas—. ¡Seguro que la ha perdido, holgazaneando en alguna taberna!

Bernardo respiró hondo e invocó mentalmente sus reglas para estas situaciones, bajo el nombre de "Código práctico-postal ante hobbits problemáticos", que incluía, entre otras: no gritar, no insultar y, si era posible, tampoco llorar. Y, por supuesto, no discutir con receptores o emisores de correspondencia.

—Señora Lobelia —respondió con su mejor voz ceremoniosa—, si no ha recibido la tarjeta de invitación al cumpleaños del señor Bolsón, debe obedecer al hecho de que no ha tenido entrada en la oficina de correos. En cincuenta años de impecable desempeño jamás he extraviado una carta. Ni una. Bernardo estaba convencido de que semejante argumento era irrefutable.

Lobelia entrecerró los ojos, como una serpiente evaluando a su presa, o peor aún, como un hobbit evaluando si el pastel es suficientemente grande para repetir.

—Lo inadmisible —dijo con veneno en la voz— es que usted ha perdido mi invitación y quiere convencerme de que no fui invitada. ¡Qué disparate!

Era conocida por ser un fastidio de primer orden: mal carácter, lengua afilada y una sospecha crónica de que toda la Comarca conspiraba contra ella.

Tratar de razonar con Lobelia era peor que intentar hacerlo con una puerta. La puerta, al menos, no te devolvía reproches ni venía armada con un paraguas.

—Señora Lobelia —insistió Bernardo, frotándose los ojos y cada vez con menos paciencia—, repito que no consta entrada en la oficina de correos de invitación alguna a su nombre. De ser así, habría sido puntualmente entregada. Y agrego que cuestionar mi integridad resulta... Bastante ofensivo.

En ese momento apareció por el camino Olo Corneta, agricultor bonachón y aficionado a meterse donde no lo llaman, cargando alegremente un saco de patatas.

—¡Pues yo sí recibí la tarjeta de invitación al centésimo décimo primer cumpleaños del señor Bilbo! —anunció como quien trae la solución del mundo.

—¡No meta sus narices en este asunto, Olo Corneta! —bramó Lobelia—. ¡Este cartero inepto pretende hacerme creer que no me invitaron porque...! ¡¡No me invitaron!! ¡¡¡Ridículo!!!

—Es exactamente lo que estoy diciendo —murmuró Bernardo, ya rojo como un pimiento y a punto de perder el control.

Para rematar la escena, llegó Loreta Tejón, vecina de Lobelia y, por incomprensible que pareciera, amiga suya. Gran profesional del rumor —oficio que desempeñaba con tal entrega y eficacia que superaban ampliamente al sano y extendido interés sobre el tema entre los hobbits—, venía agitando los brazos como si espantara moscas imaginarias.

—Si Lobelia no tiene invitación —dictaminó, situándose solemnemente junto a su amiga—, aquí hay algo turbio. Muy turbio. Más turbio que una sopa rehecha tres veces.

Bernardo intentó explicar por tercera vez, agitado y dudando ya de su vocación, que no constaba la entrada de esa tarjeta en la Oficina de Correos.

Pero ella, ser maligno, lejos de aceptar la evidencia, lo acusó de borrar su nombre por comodidad y pereza.

Olo, por su parte, afirmó que tanto él como su familia sí habían recibido sus correspondientes tarjetas de invitación y que Bernardo era un cartero íntegro; lo cual solo podía significar que Lobelia no había sido invitada. Bernardo estuvo a punto de llorar de agradecimiento.

Loreta, con los brazos cruzados y gesto dramático, ofreció sus dos teorías: —O Bernardo es un desastre, lo que por otro lado parece evidente... o aquí se está conspirando contra Lobelia. Y yo no creo en casualidades; aquí huele a olla quemada.

Lobelia, envalentonada, empezó a gritar que todo el pueblo estaba contra ella. Bernardo intentaba razonar; Olo defendía al cartero con lógica aplastante («si no existe la tarjeta, no se puede perder»), y Loreta alimentaba la hoguera del drama sembrando dudas, confusión y conspiraciones. Dos bandos enfrentados sin cuartel.

Bernardo finalmente alzó las manos; esto tenía que acabar. Haciendo acopio de toda su voluntad, se dirigió a esa mujer quisquillosa, pronunciando deliberadamente de forma muy lenta cada palabra:

—No consta entrada en la Oficina de Correos de ninguna tarjeta de invitación a su nombre.

El silencio que siguió resultaba ciertamente inquietante.

—Lo siento, señora Lobelia; nada puedo hacer al respecto. ¿Puedo seguir repartiendo el correo en paz?

Tras unos instantes que parecieron eternos, recibió su contestación.

—No —sentenció esa criatura de mal genio—. No hasta que confiese dónde metió MI invitación.

Bernardo, con un suspiro eterno y agotado hasta la extenuación, respondió: —En ningún sitio, señora Lobelia... en ningún sitio.

Un silencio denso rodeó a los presentes. Todo parecía destinado al más absoluto desastre. Lobelia ya comenzaba de nuevo a protestar cuando apareció a la carrera Will Ganapié, cartero al que Bernardo apreciaba por su pulcritud y buen hacer.

Tras unos instantes para recuperar el aliento, extrajo de su chaleco una magnífica tarjeta de invitación, escrita con tinta dorada.

—Señora Lobelia, el jefe adjunto Tim Boffin le transmite sus más sinceras disculpas. A ti también, Bernardo. Por razones ajenas a la voluntad del Honorable Servicio de Correos Hobbit... —la mirada de Lobelia se clavó en Will, desprendiendo fuego; comenzando este a sentir auténtico terror— en resumen, uno de los voluntarios contratados, no un cartero oficial, olvidó entregarla, junto con otras, hasta esta tarde.

Lobelia, con una gran sonrisa, arrancó de las manos de Will la tarjeta y, tras mirar con desprecio a Bernardo, le chasqueó los dedos bajo la nariz. El ojo izquierdo de Bernardo comenzó a parpadear de forma incontrolada.

Olo Corneta, ajeno a la tensión del momento, preguntó: —Bueno... ¿Alguien quiere patatas?

Lobelia y Loreta rápidamente aceptaron, ignorando a Bernardo.

Este, tras agradecer a Will su providencial intervención, se marchó apesadumbrado, murmurando para sí que quizá ya era demasiado viejo para este trabajo. Esa amenaza con paraguas aprovecharía cualquier ocasión para recordarle el incidente, pero su credibilidad seguía intacta. Bernardo solo quería repartir cartas con honradez, charlar con sus vecinos y ganarse una cerveza al final del día. Solo eso.

Mientras avanzaba a lomos de Tomillo, pensó que quizá, solo quizá, el retiro ya no sonaba tan mal.

V. Cartero honorario

Bernardo acudió al cumpleaños con el ánimo por los suelos. El incidente con Lobelia, a la que ahora veía pavonearse con su invitación dorada entre los invitados especiales, le había dejado un regusto amargo que ni la mejor cerveza de la Comarca podía quitar.

Desde el otro extremo del prado, su esposa Carlota lo observó alejarse con los hombros caídos. Sabía lo de la queja y conocía el peso que eso ponía sobre su marido. Suspiró, decidida a buscarle más tarde.

A su alrededor, desde las once de la mañana, la fiesta cumplió sobradamente las expectativas de todos. Risas, brindis y el constante repiquetear de cucharas y tenedores llenaban el ambiente. Los niños no salían de su asombro ante los maravillosos juguetes que habían recibido. Muchos hobbits habían salido por los fondos y entrado nuevamente a la fiesta, logrando duplicar sus regalos.

Algunos jóvenes, animados por la bebida y la alegría imperante, habían improvisado melodías populares y bailaban sobre las mesas al ritmo de la música. El aire era una mezcla de aromas a asados, pasteles, cerveza fresca y el humo dulzón de las pipas.

Pero Bernardo se sentía profundamente solo. Encontró un banco algo apartado, cerca del pabellón principal. Pensaba en la injusticia de la acusación, en la mirada de desprecio de Lobelia y en lo cansado y viejo que se sentía después de tanto ajetreo.

Las palabras de Carlota sobre el retiro resonaban en su mente. Quizá ella tuviera razón. Quizá su tiempo había pasado.

—Un pensamiento muy profundo para un día de fiesta —dijo una voz grave y amable a su lado.

Bernardo alzó la vista. Allí estaba Gandalf, apoyado en su bastón, con una chispa de curiosidad en sus ojos bajo el sombrero.

—Señor Gandalf —dijo Bernardo, incorporándose con respeto.

—No hace falta levantarse, amigo mío —dijo el mago, tomando asiento junto a él con una sorprendente agilidad para su estatura—. Pareces como si hubieras perdido una saca rebosante de correo.

Bernardo no pudo evitar una sonrisa débil.

—Algo así, señor. Un asunto desagradable con una queja. Nada importante.

—Los asuntos desagradables —dijo Gandalf, encendiendo lentamente su pipa— suelen disolverse como el humo de una pipa. Aunque a veces dejan un poco de olor a chamusquina. Pero se va.

Bernardo asintió, reconfortado sin saber muy bien por qué.

—¿Y usted no está en el centro de la fiesta, señor Gandalf? —preguntó por decir algo.

—Oh, yo voy y vengo. Observo. Y en este momento, observo a un hobbit que ha hecho posible que esta fiesta llegue a cientos de hogares, y que ahora duda de su propio valor. Eso es interesante.

Antes de que Bernardo pudiera responder, Gandalf se levantó.

—Ven conmigo un momento. Hay alguien que desea verte.

Intrigado y un poco nervioso, Bernardo lo siguió a través de la multitud, hasta un espacio algo más recogido, cerca del pabellón principal. Allí estaban Bilbo y un hobbit más joven, de aspecto amable y ojos pensativos: Frodo.

—¡Ah, Bernardo! —exclamó Bilbo con calidez—. Precisamente hablábamos de ti.

—Señor Bolsón —saludó Bernardo, quitándose el gorro—. Espero que todo haya sido de su agrado.

—¡Más que agrado, un éxito absoluto! —dijo Bilbo—. Y buena parte del mérito es suyo. Organizar este diluvio de invitaciones y respuestas no era tarea para cualquiera. Frodo, este es el cartero del que te hablé.

Frodo le dedicó una sonrisa sincera.

—Es un honor, señor Madriguera. Mi tío no ha parado de alabar su eficacia y su dedicación estas últimas semanas.

Bernardo se ruborizó. No sabía qué decir.

—Solo cumplía con mi trabajo, señores.

—Eso es precisamente lo que tiene valor —dijo Bilbo, con un tono más serio—. Cumplir con el trabajo, día tras día, con lluvia o con sol, con hobbits agradecidos o... con otros menos agradecidos. —Su mirada mostró que estaba al tanto del incidente con Lobelia—. Por eso queríamos darte esto.

Bilbo le tendió un sobre de pergamino fino, cerrado con un sello de cera roja en el que se veía una "B" elegante.

—Es una carta de agradecimiento —explicó Frodo—. Y algo más.

Bernardo, con manos que le temblaban ligeramente, abrió el sobre. La carta estaba escrita con una caligrafía esmerada. Decía:

"A Bernardo Madriguera, del Honorable Servicio de Correos de Hobbiton. En reconocimiento a sus cincuenta años de actividad impecable, y en especial por su extraordinaria gestión en la organización de la correspondencia de nuestro centésimo décimo primer cumpleaños, se le nombra, por este medio, Cartero Honorario de la Familia Bolsón. Que este reconocimiento sirva de testimonio de que su labor, a menudo discreta, es el nervio que mantiene unida y comunicada a toda la Comarca. Con nuestro mayor agradecimiento y respeto, Bilbo y Frodo Bolsón."

Bernardo leyó la carta dos veces. La emoción le cerraba la garganta. Miró a Bilbo y a Frodo, y luego a Gandalf, que observaba la escena con una leve sonrisa.

—No... no sé qué decir —consiguió articular—.

—No tiene que decir nada, es un reconocimiento bien merecido —dijo Bilbo, poniendo una mano en su hombro—. Guarde esa carta. Y cuando Lobelia o cualquier otro ponga en duda su destreza, muéstrasela. O, mejor aún, no le muestre nada. Usted ya conoce la verdad. Eso basta.

Frodo asintió y añadió: —La Comarca necesita hobbits como usted, señor Madriguera. Que mantienen las cosas en orden, mientras otros armamos fiestas.

Bernardo guardó la carta con sumo cuidado en su chaleco, justo sobre el corazón. Se sentía totalmente reconfortado.

Gandalf dio un suave golpe con su bastón en el suelo.

—Bueno, creo que mi trabajo aquí está hecho. El reconocimiento ha sido entregado a quien merece recibirlo. Disfruta de la fiesta, Bernardo Madriguera. Te lo has ganado. Yo tengo que preparar la señal para la cena.

Tras estas palabras se alejó, mezclándose con la multitud. Bilbo y Frodo se excusaron para atender a otros invitados, no sin antes despedirse de Bernardo con un último y cálido apretón de manos.

Bernardo se quedó solo de nuevo, pero la soledad era ahora distinta. Tocó la carta sobre su pecho. Miró a su alrededor, a la fiesta que su trabajo había ayudado a convocar. Escuchó las risas, la música, el chocar de jarras.

Sí, estaba cansado. Y sí, Lobelia era una calamidad con paraguas. Y quizá, con el tiempo, llegaría el día del retiro. Pero no hoy.

Se acercó a una mesa cargada de comida, se sirvió una generosa porción y una cerveza fresca. Encontró un banco libre y se sentó a comer, observando la fiesta a su alrededor. No había estado allí mucho rato cuando Carlota se sentó a su lado en silencio. Él le mostró la carta sin decir una palabra.

Ella la leyó, y al alzar la vista, sus ojos brillaban con una intensidad que Bernardo no había visto en años. Le apretó la mano con fuerza y levantó su bebida.

—Marido mío, brindo por ti —susurró Carlota, con una amplia sonrisa.

Bernardo le devolvió el gesto, una sonrisa verdadera por primera vez en muchas semanas. Aún le quedaban unos cuantos años buenos como cartero. Y, mientras tuviera fuerzas para llevar una saca y memoria para recordar un camino, seguiría haciéndolo.